

había sido contra su voluntad y que los aldeanos les habían obligado. Karle se dió aires de señor: tenía su sello y una especie de cancellería. Poco á poco esa machedumbre trató de organizarse: «Con grave aspecto y manera estaban en la formación y tocaban la trompeta y gritaban en alta voz: «¡Montjoie!» y llevaban muchas enseñas pintadas con flores de lis.» Con esto querían demostrar que se sublevaban contra los nobles, y no contra el rey. En general eran braceros, pero entre ellos había también «hombres ricos, burgueses y otros» y gentes de oficio, carniceros, toneleros, carreteros, mercaderes de huevos, de aves, de quesos y otros productos del campo, y hasta prebostes, alguaciles reales y cierto número de sacerdotes.

Las aldeas del valle del Oise y del Thérain fueron arrastradas á secundar el movimiento. En el espacio de algunos días, los castillos y las casas nobles de dicha región quedaron destruidos. Los jacques avanzaron hacia Compiègne, donde se habían refugiado muchos nobles; Karle anduvo en tratos con los burgueses para entrar en la ciudad y hacerse entregar los gentileshombres; pero la ciudad no abrió sus puertas. Los jacques se presentaron también delante de Senlis y decidieron á los habitantes á recibirlos y hacer causa común con ellos. Se extendieron por los alrededores de Beauvais, cuyo alcalde y municipio les eran favorables, por el obispado de Laón, por el señorío de Couci, el Valois y el Soissonais. En el país de Montdidier destruyeron varios castillos. Hacia el Sur de la Picardía, cerca de Poix, se corrió una fuerte banda de tres mil jacques. Durante el camino, los aldeanos encontraban medio de darse buena vida; en Gaillefontaine, la condesa de Valois «les recibió con buena cara y les hizo distribuir víveres;» porque «habían establecido la costumbre, en las ciudades llanas por donde pasaban, que las gentes, mujeres ú hombres, ponían las mesas en las calles y allí comían.» Hubo también tentativas en Champaña, alrededor de Saint-Dizier y de Vitri; pero por aquel lado los campesinos se sometieron muy pronto. En resumen, el alzamiento se extendió por el territorio de catorce departamentos actuales del Norte de Francia.

Los cronistas han hecho de la Jacquerie relaciones dramáticas, pero vagas. Ni uno solo es favorable á esta «especie de gentes locas, robustas, inhábiles é idiotas,» que son conocidas con el nombre de jacques. Los representan como «perros rabiosos» y les atribuyen, no solamente robos é incendios, sino que también toda suerte de crímenes: «Yo no me atrevería á escribir ni á contar, dice Froissart, los actos horribles é inconvenientes que cometían con las damas.» Sin embargo, las crónicas y los documentos casi no mencionan, como hechos precisos, más que incendios y pillajes. Los jacques se aprovisionan en los castillos que saquean, se apoderan de las aves, pescan las truchas en los estanques, vacían las bodegas, prenden fuego á los muebles y á los edificios. ¿Pero qué se sabe con exactitud acerca de los actos de barbarie que generalmente se les atribuyen? En Bailleval Pedro de Villiers se queja de que los jacques han matado á su padre; un escudero ha sido muerto en Beaumont-sur-Oise, otro en Montmorency, un tercero en Verberie; en Pont-Sainte-Maxence dos escuderos han sido arrojados al Oise; en Bruyeres han ahogado á una mujer. El homicidio de Guillermo de Picquigni

por los jacques fué accidental. En Cravant mataron á dos caballeros y á algunos hombres de armas; pero éstos saqueaban y aterrorizaban todo el país vecino. En Pont-Point fué un espía y en Montataire un traidor los ejecutados por los jacques; y aun con respecto al último, se formó sumaria antes de la ejecución. En Peronne quemaron á un joven á fuego lento; bien es verdad que este detalle no nos es conocido más que por la mención de una limosna que hizo en 1377, es decir, diez y nueve años después, el duque de Borgoña. En Saint-Leu de Esserent, cuatro caballeros y cinco escuderos fueron degollados por la multitud; pero esto ocurrió en el primer alboroto. En conjunto, apenas nos son conocidas treinta víctimas (1). Los jacques quisieron sin duda echar á los nobles, arruinar los castillos, robar; no mataron más que por contingencia. Su alzamiento no fué, y dista mucho de serlo, la más sangrienta de las revueltas que conocemos de los aldeanos.

Esteban Marcel, al escribir un poco más tarde á los municipios de Flandes, reprobó con indignación el alzamiento tumultuoso de los jacques: «Que os plazca saber, dice, que dichas cosas fueron en Beauvaisis empezadas y realizadas sin nuestra noticia y voluntad, y más quisiéramos haber muerto que haber aprobado los hechos del modo como fueron empezados por algunas gentes del país llano de Beauvaisis.» Pero Marcel, que era también un revoltoso y que sentía que el terreno le faltaba bajo los pies, no tardó en comprometerse con los jacques. Por de pronto, organiza una especie de Jacquerie en las cercanías de París, que procede metódicamente, atacando, no á las personas, sino á las propiedades de los nobles. Un cierto individuo llamado Jacquin de Chenevière, provisto de una comisión del preboste de los mercaderes, opera hacia la parte de Montmorency, entre el Sena y el Oise. Pedro des Bares, platero, y Pedro Gilles, tendero de comestibles en la calle grande de Saint-Denis, recorren la campiña al Sur y al Este de París, requieren á los campesinos para destruir las quintas de Simón de Bucy, primer presidente en el Parlamento, de Pedro de Orgemont y de Jaime la Vache, de las cuales se llevan todo el mobiliario. Por lo menos, no ha habido sangre derramada.

Por su parte los jacques propusieron una inteligencia á los parisienses. Guillermo Karle envió á pedir al preboste «que le ayudara y socorriera si fuese menester.» Entonces Juan Vaillant, preboste de las monedas, partió con un contingente de trescientos hombres de armas para unirse á los jacques. Marcel creyó probablemente poder dirigir la Jacquerie, moderarla para servirse mejor de ella; por otra parte, el mismo Karle había pedido socorro tanto para contener á sus hombres como para escapar á las próximas represalias. Los jacques y los parisienses hicieron juntos una expedición contra Ermenonville, castillo perteneciente á Roberto de Lorris, quien era, sin duda, el antiguo chambelán.

(1) Froissart refiere dos hechos horribles, fuera del primer tumulto: por una parte, una mujer y una joven violadas, después asesinadas, y un caballero asado; por otra parte, un caballero puesto en el asador y asado, su mujer violada, sus hijos obligados á comer de su carne y muertos luego á su vez. Pero estos hechos que el cronista amplifica á voluntad de redacción en redacción, no vienen precisados por ningún nombre de lugar ni de persona; tienen toda la apariencia de cuentos muy antiguos. (*Chroniques*, edición Luce, V, págs. 99 y 307.)

Por muy detestado que fuese, su familia fué respetada; se contentaron, después de haber saqueado el castillo, con hacer renegar la nobleza á uno de sus parientes. Al marchar de Ermenonville, parisienses y jacques se separaron, pues los burgueses no tenían ningún empeño en prolongar el contacto con sus rudos aliados. Los jacques se dirigieron hacia Clermont en Beauvaisis y los parisienses hacia Meaux.

El delfín, en el mes de abril, había establecido un puesto de hombres de armas en el mercado fortificado de Meaux, en una especie de isla entre el canal y el Marne; al otro lado del río estaba la ciudad. Como este mercado estaba rodeado de una muralla flanqueada de torres, recién construída, se había apresurado á instalar allí á su mujer, su hija y su hermana con un gran número de damas nobles y señoritas, cerca de trescientas, bajo la guarda de un reducido número de caballeros. Los habitantes de Meaux, que estaban en comunidad de ideas con los de París, resolvieron meter mano á toda esa gente de la corte; y para no fallar el golpe, reclutaron y armaron á los habitantes de los alrededores y pidieron auxilio á París. Pedro Gilles y Juan Vaillant, recogiendo á todos los aldeanos que encontraron en su camino, llegaron á Meaux, donde entraron el 9 de junio. Se les distribuyeron víveres y refrescos, y después empezó el ataque del mercado. Entonces se oyeron los gritos de las nobles damas que estaban perdidas, en efecto, si no les hubiese llegado un socorro milagroso. Gastón de Foix y Juan de Grailli, caudillo de Buch, dos grandes caballeros del Mediodía, acertaban á pasar por allí, volviendo de combatir á los paganos de Prusia. Viendo que había un gran acto caballeresco que realizar, entraron en el mercado con cuarenta lanzas. Cuando «los feos, negros y pequeños y mal armados» salieron de la ciudad y entraron en el puente, los caballeros los dejaron avanzar y después cayeron sobre ellos. Los asaltantes, «que sentían los golpes,» retrocedieron «de espanto todos á la vez y cayeron uno sobre otro.» Los jinetes «los derribaron por bandas y á montones,» después «les arrojaron fuera de la villa y mataron á tantos que llegaron á cansarse y aburrirse.» Meaux fué robado é incendiado, se saquearon las iglesias, acuchillaron á la mayor parte de los habitantes y ahorcaron al alcalde. Las represalias desolaron las campiñas de las cercanías.

Durante este tiempo, los jacques de Beauvaisis tenían que habérselas con Carlos *el Malo*. Un cronista refiere que los nobles de Picardía fueron á encontrar al navarro para reclamar su ayuda contra los jacques: «Señor, sois el más gentil hombre del mundo; no sufráis que la gentileza sea aniquilada; si estas gentes, que se llaman jacques, duran mucho tiempo y las buenas ciudades les ayudan, aniquilarán la gentileza y todo lo destruirán.» Los jacques habían quizá contado con este rey, que se había puesto á favor de los Estados y que se complacía en hablar á las buenas gentes. Pero no entraba en las miras del rey de Navarra aliarse con estos aldeanos, y por otra parte se había irritado con la muerte de un miembro de la familia de Picquigni, que le era completamente adicta. Se puso en campaña con cuatrocientos combatientes, tanto gentileshombres como navarros é ingleses; su vanguardia derrotó á una fuerte partida de los jacques. Guillermo Karle aconsejaba prudentemen-

te á sus bandas que se acercaran á París: «Y allí tomaremos alguna plaza, decía, y tendremos el socorro y la ayuda de los parisienses;» pero los aldeanos no le escucharon; se ordenaron, bien ó mal, en dos «batallas» de tres mil hombres cada una, «detrás de su acarreo.»

El rey de Navarra tenía entonces mil hombres de armas. Citó á Karle para una entrevista, y villanamente le retuvo prisionero. Sin jefe, los jacques fueron derrotados y en parte acuchillados en 10 de junio. Clermont se rindió al rey de Navarra; Karle fué decapitado en dicha ciudad. Entonces se sucedieron las ejecuciones en masa: ochocientos jacques fueron muertos en Clermont y en las cercanías, mil quinientos cerca de Poix, ochocientos entre Roye y Gerberoi, mil en Gaillefontaine: se pegó fuego á un monasterio donde se habían refugiado trescientos aldeanos. El conde de Rouci, en sus tierras, hizo colgar á los jacques á la puerta de sus chozas. Entre Sena y Marne, los señores que habían ido á reunirse con el delfín mataban al grito de: «¡Muerte á los villanos!» Veinte mil personas perecieron antes del 24 de junio: esta es la cifra que dan todos los cronistas. En Champaña se impusieron unas multas atterradoras. La venganza de los nobles fué verdaderamente atroz, y Marcel la afrentó en una carta dirigida á los municipios de Flandes, en la que se siente como una rebelión del sentimiento de humanidad: «Creemos, dice, que habréis oído hablar de cómo una gran multitud de nobles, sin hacer distinción alguna de culpables ó no culpables, de buenos y de malos, han venido en armas, y á manera de hostilidad, de muertes y de robo, más acá de las aguas del Somma y también más acá de las aguas del Oise. Y á pesar de que á varios de ellos no se les había hecho ninguna fechoría, sin embargo han incendiado las villas, matado á las buenas gentes sin piedad ni misericordia alguna, robado y pillado todo lo que han encontrado, sometido á mujeres, niños, sacerdotes, religiosos á crueles tormentos, violado á las mujeres en presencia de sus maridos, y en resumen han causado más daños y más cruel y más inhumanamente que no hicieron en otros tiempos los vándalos ni los sarracenos.»

#### VII.—Fin de Esteban Marcel (1)

Carlos *el Malo*, después de haber derrotado á los jacques, se había acercado á París. En el peligro en que estaba, Marcel necesitaba al navarro más que nunca. Este vacilaba, sin embargo, en entrar en la villa y en asociar más estrechamente su fortuna á la del preboste; sólo se decidió en virtud de promesas que se le hicieron. En 15 de junio «predicó» en la casa de la ciudad; después de él se levantó Carlos Toussac é invitó á los parisienses á nombrar un capitán general «que les gobernaría mejor, y le parecía que mejor no podían encontrar que el rey de Navarra.» La multitud permaneció silenciosa; pero un grupo de amigos del preboste y

(1) FUENTES.—Froissart, *Chroniques*, edición Kervyn de Lettenhove, tomo VI (en las notas, cartas del regente y de Esteban Marcel), 1868.

OBRAS DE CONSULTA.—Luce, *Du rôle politique de Jean Vaillant en 1358*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XVIII, 1856-1857. J. Tessier, *La mort d'Etienne Marcel*, 1886. N. Valois, *Compte-rendu del trabajo de J. Tessier*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XLVII, 1887.



de Carlos *el Malo* gritaron todos á un tiempo: «¡Navarra! ¡Navarra!» Volviendo á tomar la palabra, Carlos juró una vez más vivir y morir con los burgueses de París, «contra todos sin exceptuar persona alguna.» Algunos días después los burgueses se hicieron conducir por su capitán en dirección de Compiègne, donde esperaban apoderarse del regente; pero retrocedieron hacia Senlis de manera muy lastimosa.

El delfín llegaba, en efecto, «con toda su hueste.» A toda la nobleza del Norte de Francia, movilizada contra los burgueses y los villanos, se habían añadido numerosos señores alemanes; «y se creía que tenía muy bien treinta mil caballos.» En 29 de junio ocupaba Vincennes, Charentón, Conflans y comenzaba el sitio de París.

Sin embargo, se negoció más de lo que se combatía. La reina Juana, viuda de Carlos IV, se esforzaba en procurar la paz á «los de París;» pero éstos «se mantenían altivos y orgullosos contra sus señores.» El rey de Navarra era más conciliador ó más hipócrita. La primera parte del mes de julio se pasó en conferencias entre él, la reina Juana y el delfín. Según lo escribía éste, *el Malo* «le hizo entretener tanto como le plugo.» Pero al mismo tiempo el rey de Navarra y los caudillos parisienses se dirigían á los ingleses, los enemigos «de su legítimo señor.» Varias de las más temibles bandas anglo-navarras habían adelantado hasta el distrito municipal de París, llegando á Saint-Cloud, á Poissi, á Creil; desde allí fué muy fácil introducirles en la ciudad. Para llegar á tal extremo era menester que Marcel se sintiese perdido.

El mismo día que los ingleses entraron en París, había también llamado en su auxilio á los flamencos. La carta que les escribió es notable y hermosa. Manifiesta que la obra de los Estados, «las santas ordenanzas han sido magulladas y quebrantadas;» el bajo pueblo de París ha sido excitado contra los que le defienden; el delfín y los nobles persiguen «la destrucción universal de nosotros, de las gentes de las buenas villas y de todo el estado llano;» y están armados delante de la buena villa de París: «A todos los mercaderes que encuentran, dice, les hacen morir y exigen rescate por sus mercancías ó se las quitan; los nobles han cogido ya mulos cargados de paños de Flandes y de otras partes, y se los han quitado y robado á los mercaderes que los conducían.» Si esto continúa, «todo el país de la otra parte del Oise, que surte de vinos al buen país de Flandes, de Hainaut, de Cambresis, quedará destruído.» Es preciso, pues, unirse contra esos enemigos: «Tenemos buena falta de la ayuda de Nuestro Señor, de la vuestra y de todos nuestros buenos amigos, y los que ayuden á defender al buen pueblo, á los buenos labradores y á los buenos mercaderes, sin los cuales no podemos vivir, contra esos asesinos, ladrones y crueles enemigos de Dios y de la fe, adquirirán más méritos con Nuestro Señor, que si fueran á la cruzada contra los sarracenos.» Termina con esta altiva declaración: «Muy queridos señores y buenos amigos, servíos perdonarnos y excusarnos por haberos escrito tan tarde acerca de dichas cosas, porque los caminos eran muy peligrosos y poco seguros, y esos gentileshombres todos los países y todos los caminos ocupaban. De todos modos, dignaos saber que, aun cuando varios gentileshombres y gentes de armas en

gran número estén delante de la villa de París con monseñor el duque, nosotros y nuestro pueblo estamos perfectamente unidos y con buena voluntad de defendernos, y que hay, á Dios gracias, muy buen orden y gran mercado de víveres y en gran cantidad. Y por defender el honor de la buena villa de París, y evitar que nosotros, que siempre hemos sido libres, caigamos en la servidumbre, en la cual nos quieren poner esos gentileshombres, que son más villanos que gentiles, expondremos nuestras personas y nuestros bienes y moriremos antes de sufrir que nos reduzcan á servidumbre.»

Los flamencos no respondieron á ese llamamiento, en el que se observa una especie de desesperación. Marcel se aperció pronto de que no podía tampoco contar con aquella unión «de nosotros y de nuestro pueblo,» de la que hablaba en su carta á los flamencos. Sintió que hasta el mismo París le escapaba. En la población parisiense, un movimiento se produjo contra los ingleses: «Se amotinó el pueblo y arremetió contra los dichos ingleses.» Algunos fueron muertos y los demás fueron llevados al Louvre, donde el preboste se encargó de guardarlos. Al día siguiente, Marcel y Carlos *el Malo* trataron de apaciguar al pueblo. Lo reunieron en la casa de los Pílares, y el rey de Navarra le «demostró con bellas y suaves palabras cómo el preboste y sus burgueses querían su completo bienestar;» pero la multitud, á grandes gritos, exigió que se matase á todos los ingleses de París y que la condujesen á los alrededores para pasar á cuchillo á los que en ellos se encontraban. Marcel y Carlos *el Malo* se vieron obligados á conducir al pueblo bajo hacia el lado de Saint-Denis; pero se arreglaron de modo que no se encontró á los que buscaban. Otro cuerpo de parisienses se acercó al bosque de Saint-Cloud; los ingleses que eran «astutos en la guerra,» cayeron sobre ellos y mataron ó hicieron ahogar en el Sena á más de seiscientos. La impresión de París fué desastrosa para el preboste, que «fué fuertemente silbado y censurado.»

Algunos días después, en 27 de julio, con doscientos hombres de armas y arqueros, Marcel fué al Louvre á poner en libertad á los ingleses que estaban allí guardados, y los condujo fuera de las murallas. Los arqueros del preboste tuvieron que custodiar á los prisioneros hasta las puertas, con los arcos tendidos. «El pueblo de París estaba fuertemente irritado contra el preboste de los mercaderes y contra los demás gobernantes.»

Mientras tanto, en Saint-Denis, donde se había quedado la tarde de la desgraciada salida de los parisienses, el rey de Navarra negociaba con los ingleses; por lo demás, hacía muchos meses que debía tener con ellos negociaciones secretas. Pero no podía llegar á concertar una inteligencia definitiva: pretendía la corona de Francia que Eduardo III deseaba guardar para sí. Los negociadores ingleses querían tratar con el navarro al precio más bajo; no le ofrecían claramente más que la Champaña y la Brie. Es posible que en aquel momento Carlos *el Malo* resolviera volver á entrar en París, hacer ejecutar ó echar de allí á todos sus enemigos y hacerse proclamar rey de Francia. Pero en aquel momento Marcel desapareció.

En 31 de julio, entre las once y la una, Marcel empezaba una visita de inspección á las puertas. Llegado á la puerta Saint-Denis, manda á los que la guardaban

que entreguen las llaves á Jossarán de Macón, tesorero del rey de Navarra, que le acompaña. La cosa parece sospechosa á los guardias, quienes declaran que no entregarán las llaves. Un burgués de París, Juan Maillart—no se sabe si era guardián de la puerta ó guardián del barrio de Saint-Denis,—interpela á Marcel y á Jossarán de Macón. Después de haber cambiado con ellos «algunas palabras gruesas,» Marcel, continuando su ronda, se dirige á la puerta San Antonio, donde había un fuerte recién construído al Este de la ciudad. Pero, por su parte, Maillart había montado á caballo y se había dirigido al Mercado. «Y empezó á gritar en alta voz: «¡Montjoie Saint-Denis! ¡Al rey y al duque!» Allí encontró á un caballero, Pepino des Esarts, que también había tomado una bandera de Francia y gritaba: «¡Montjoie!» Gentes armadas de toda especie acudieron al Mercado.

La multitud, conducida por Maillart y Des Essarts, fué al encuentro de Marcel á la Bastilla de San Antonio. El preboste llevaba consigo un pequeño contingente de hombres de armas. Hubo entonces gran clamoreo (*grand hulin*). Los guardias discutían con el preboste y le echaban en cara que desconocía la autoridad del regente. Maillart le intimó que enseñara las cartas que, según se decía, acababa de recibir del príncipe; Marcel se negó. «En verdad que somos traicionados y vendidos por este preboste, gritó una voz. ¿Qué significa esto?» Entonces dos compañeros del preboste fueron atacados y muertos, después de haberse defendido bien, «porque tenían gran valor.» En seguida fué atacado Marcel. Mientras le golpeaban decía: «¿Por qué queréis hacerme daño? Lo que yo hacía, lo hacía por vuestro bien como por el mío. Y antes de que yo emprendiera nada, me hicisteis jurar que la ordenanza de los tres Estados yo la mantendría con todo mi poder.» Fué derribado y furiosamente pasado de parte á parte; los burgueses que le acompañaban fueron muertos.

Es muy probable que hubiera en París un partido realista organizado, en relaciones con el regente. Ese partido fué el que, en el momento decisivo, intervino y atacó al preboste de los mercaderes. Pero esta historia permanece muy oscura, y es casi imposible, por ejemplo, saber lo que quería Marcel en aquella jornada: si hacía una simple ronda ó si preparaba la entrada del rey de Navarra en la ciudad. Todo lo que puede decirse es que las apariencias autorizan la segunda hipótesis.

¿Cómo juzgar, con toda seguridad de conciencia, al personaje Esteban Marcel? ¿Qué parte debe atribuirse en su conducta á la ambición primeramente, y luego, cuando estuvo comprometido en la lucha, al cuidado de su propia salvación? No puede decidirse. Lo cierto es que su oposición á un régimen desastroso y su antipatía contra los malos oficiales y contra la nobleza eran muy fundadas y legítimas. Había entonces, en el reino de Francia, terribles abusos capaces de sublevar un alma generosa; ahora bien, se siente una generosidad de alma en la carta en que Esteban Marcel condena las matanzas de los jacques. Su carta á los flamencos resume lo que con el tiempo había llegado á ser su programa político: defender «al buen pueblo,» «á los buenos labradores» y «á los buenos mercaderes;» «combatir hasta la muerte por la buena villa de París,» «man-

tener las santas ordenanzas» y la obra de los Estados, es decir, el establecimiento de un régimen, aun mal definido, de intervención de la realza por los Estados y sobre todo por las buenas ciudades.

Este programa era sensato; pero ¿cuántas personas eran en aquel tiempo capaces de comprenderlo y de quererlo sostener? Marcel tuvo que luchar contra la resistencia del delfín, muy temible adversario; contra la indiferencia, que después fué hostilidad, de una parte de los parisienses y de casi todo el reino. Muy pronto se sintió aislado, comprometido, perdido, y entonces marchó con la corriente. Trató de sostenerse en los apoyos que se le presentaban: la revuelta de los jacques, la intriga del rey de Navarra. Acabó por pactar hasta con los enemigos del reino. Hizo lo que harán más tarde otros facciosos y otros partidos. Y aun hay que decir en su descargo que en su tiempo el sentimiento nacional era obscuro y muy vago: empezó á precisarse en el transcurso de la interminable guerra contra los ingleses. Para condenar á Esteban Marcel sería preciso aprobar todo aquel régimen de gobierno, todas aquellas malas costumbres contra las cuales se sublevó.

En la noche del 31 de julio, varios amigos de Marcel fueron muertos y otros encerrados en el Châtelet. Al día siguiente, Juan Maillart mandó detener á los jefes del bando vencido y encerrarles en el Châtelet, pero prohibiendo que se hiciera nada contra sus mujeres, sus hijos y sus bienes; veintidós burgueses fueron encarcelados. Unos comisarios hicieron su proceso; el 2 de agosto, Carlos Toussac y Jossarán de Macón fueron ejecutados en la plaza de la Grève; seis ejecuciones tuvieron lugar en los días siguientes. Hubo además destierros, multas y confiscaciones de bienes. Algunos oficiales reales sin escrúpulos, como los hermanos Braque, se aprovecharon de la ocasión para satisfacer únicamente venganzas particulares (1).

En 2 de agosto, el regente, á quien Maillart había informado de los acontecimientos, hizo su entrada en París. El restablecimiento de la autoridad real se hizo con una moderación inesperada. Poco á poco se descubrieron en ese joven un sentido político muy fino y una voluntad dueña de sí misma: se revelaba el futuro Carlos V. El pueblo le hizo gran fiesta. En 4 de agosto el príncipe reunió á los parisienses en la casa de la villa; les anunció su resolución de ponerlo todo en orden, y pidió á todos «que se perdonasen de buena fe y voluntad, generalmente, uno á otro, á fin de estar juntos en buena paz y unión.» Seis días después publicó letras de remisión, de absolución y de perdón muy amplios por los hechos que habían ocurrido dentro y fuera de París. El mismo rey Juan, en 14 de agosto, prometió olvidarlo todo. Un gran número de indultos particulares se concedieron más tarde á los aldeanos y á los parisienses que habían sido exceptuados del indulto general. En 1359, todos los muebles de Esteban Marcel que no habían sido dados fueron devueltos á su viuda, á la cual hasta le fué concedida una pensión por el regente. Las viudas de Carlos Toussac y de Gil Marcel obtuvieron gracias del mismo género.

Las confiscaciones decretadas los primeros días se

(1) N. Valois, *Notes sur la révolution parisienne de 1356-1358. La revanche des frères Braque.* «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris,» X, 1883.